

Debat de Barcelona (IV)

La ciutat sostenible

Albert Garcia Espuche i Salvador Rueda (eds.)



Centre de Cultura Contemporània
de Barcelona

Hacia un paradigma del fracaso territorial

Ricard Vergés Escuín

INTRODUCCIÓN

El conocido historiador Carlo Cipolla advertía ya en 1962 que el futuro de nuestro planeta depende del resultado de una carrera entre la educación y la catástrofe. Casi cuarenta años más tarde, cerramos el milenio con la constatación siguiente: a pesar de haber multiplicado por cinco o por diez la cantidad de educación ingerida por la sociedad, las catástrofes causadas por el hombre continúan amplificándose e intensificándose a un ritmo cada vez más acelerado. Y hemos acumulado información más que suficiente para poder afirmar que, a este ritmo, nuestros hijos o nietos pueden ir despidiéndose del siglo XXII.

Observamos precisamente que una de las mayores catástrofes de este fin de milenio es el fracaso de la organización territorial. Prueba de ello es que las ponencias presentadas en el presente debate ya ni siquiera revisten un carácter alarmista: hemos asumido que la aglomeración se dispersa, que el centro se vacía, que la huella se extiende, que la contaminación aumenta, que la comida es nociva, que la temperatura se eleva, que el sol quema, que los bosques arden, que el desierto avanza, que el clima enloquece, que el litoral se urbaniza, que la riqueza se concentra, que la pobreza se extiende, etc. etc.

Este fracaso territorial no puede explicarse ni siquiera por la necesidad de atender a imperiosas demandas como las de la posguerra. Hoy en día, la población suele ser muy estable y su nivel de consumo de bienes y servicios abarca no solamente lo necesario sino también lo superfluo. Por ejemplo, continuamos estimando necesario urbanizar más y más territorio cuando España es, con diferencia, el país con la dotación residencial más alta del mundo: cerca ya de 1,7 viviendas por hogar...

Ante la evidencia del fracaso territorial, solía proponer a mis estudiantes universitarios la idea siguiente: si no lo hemos hecho mejor es porque no hemos sabido, no porque no hemos querido. Esta idea fue cierta hasta hace poco, porque cualquier voluntad de planificación estaba abocada al fracaso por falta de infor-

«La ciutat sostenible» es va celebrar a la Sala Mirador del Centre de Cultura Contemporània de Barcelona els dies 12, 13 i 14 de novembre de 1998

© dels autors dels articles, 1999

© Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, 1999

Edició: Centre de Cultura Contemporània de Barcelona
Montalegre, 5 - 08001 Barcelona
<http://www.cccb.org>

Coberta: © El Roto

Disseny gràfic de la col·lecció: Estudi Jordi Mestres
Producció: Angle Editorial

ISBN: 84-88811-50-0

Dipòsit legal: B-40.295-99

Imprès a Romanyà Valls, S.A.

mación o de instrumentos para tratarla, es decir, por falta de conocimiento. Pero ya no es el caso, puesto que la masa de conocimiento hoy en día disponible es incomparablemente más elevada que antes y se transmite masivamente a través de lo que llamaremos educación objetiva.

Sin embargo, el fracaso territorial es cada vez más evidente, más extenso y probablemente más irreversible. Para describirlo, incluso se está echando mano de la teoría del caos, lo cual no deja de ser una manera de reconocer que vamos en sentido inverso del proceso evolutivo universal, caracterizado por la reducción incesante de la entropía.

¿Qué hacer entonces? Ciertamente proseguir el imprescindible esfuerzo en la necesaria batalla cotidiana por hacer valer los conocimientos capaces de frenar las catástrofes. Pero también debemos ahondar en nuevos planteamientos que nos lleven a entender por qué estamos perdiendo esta batalla.

Mi contribución al presente debate consistirá pues en la presentación, no de una teoría, ni mucho menos de resultados empíricos, sino de un simple ensayo sobre un paradigma del fracaso territorial basado en un planteamiento individualista.

I. EL PLANTEAMIENTO INDIVIDUALISTA

El principio propuesto se articula alrededor de los puntos siguientes, que intentaré discutir a seguido:

1. El fracaso territorial tiene por causa a un comportamiento humano generalizado, es decir a un comportamiento social.
2. La educación objetiva no es el único factor del comportamiento social.
3. Los factores subjetivos inciden también en el comportamiento social.
4. Los factores subjetivos se transmiten del individuo a la sociedad vía el grupo, vehiculados por los modelos culturales.
5. La reabsorción del fracaso territorial exige conocer la clave de la subjetividad que induce al comportamiento social y que es su causa profunda.

Asumo el riesgo de error en la afirmación de tal principio. Asumo también el riesgo de entrar en polémica a la hora de examinar su validez, riesgo que justifico por estimarlo preferible al otro riesgo de no tener más que nuestras propias lápidas funerarias para manifestarlo. Pero, pesimismo aparte, ocurre aquí, como en todo, que para explicar lo que los especialistas observamos en nuestro propio campo necesitamos adentrarnos en disciplinas que no son las nuestras, incluyendo la filosofía y la historia, y que uno no puede conocer más que a través de la divulgación, aunque Internet esté cambiando todo esto. Por tanto, el riesgo que acabo por asumir no es tanto el de cometer errores de orientación como el de no saber lo bastante para tal empresa.

Menciono la posible polémica porque intuyo que el principio enunciado entra en aparente conflicto con alguna que otra ideología dominante. Por ejemplo, escudriñar al individuo antes que a la sociedad para aislar la causa de un pro-

blema social puede parecer un atentado al principio confucionista de la bondad innata del individuo. Recordemos que este principio fue introducido en Europa por los jesuitas en el siglo XVII y difundido por los enciclopedistas y por Rousseau (Needham, 1975). Ello permitió instrumentalizar la democracia igualitaria o Estado de Derecho frente a las teocracias, plutocracias y aristocracias diferenciadas de los antiguos regímenes. Sin embargo, por su propia naturaleza filosófica, este principio no ha permitido desarrollar algunos derechos colectivos que echamos cada vez más en falta en nuestro esfuerzo común por sobrevivir.

Me parece que si la búsqueda de nuevos planteamientos puede ser contestada, no es por cuestiones de lógica, sino porque las reglas que definen lo que es *políticamente correcto* suelen proceder de escuelas de pensamiento parcialmente obsoletas. Es el caso de las escuelas austríaca y de Lausanne, que intentaron explicar el mercado sin intuir que la demanda iba a ser cada vez menos *sustentatoria* y cada vez más *adictiva* y, por tanto, cada vez más insensible al precio.

Es el caso también de la escuela de Frankfurt, que intentó reconciliar socialismo y democracia sin renunciar al materialismo histórico, antítesis del subjetivismo, tal vez por miedo a descubrir el diablo detrás de su propia puerta. Otras escuelas intentaron integrar los progresos de la biología y de la psicología, como las de Ulm y Berkeley en el campo de la planificación territorial, y gracias a ello, lograron superar —al menos sobre el papel— la antigua antinomia entre *voluntarismo* y *laissez faire*.

No es mi intención dar lecciones a nadie, pero no veo por qué la corrección política debería juzgar de la conveniencia de admitir o no a trámite el progreso en ciencias humanas, puesto que sólo éstas son capaces de renovar nuestro conocimiento objetivo del ser. Por ejemplo, biología y psicología tienden a mostrar cada vez más que el individuo no es ni bueno ni malo, sino que es el resultado de una evolución en la que el grupo juega también un papel biológico que se materializa por su supervivencia en un territorio dado.

Pero el grupo no posee un cerebro colectivo al que pedir cuentas. Por tanto no tenemos más remedio que ir a buscar en el cerebro individual las necesarias explicaciones acerca de los comportamientos que están acabando con nuestro castigado planeta. Y seguro que algo positivo saldrá de esta búsqueda. Veamos ahora como podemos articularla.

II. EDUCACIÓN, COMPORTAMIENTO SOCIAL Y PROBLEMAS TERRITORIALES

El primer punto antes mencionado, que atribuye el fracaso territorial a un comportamiento social, ya no parece ser puesto en duda por casi nadie, dicho sea con perdón de la madre naturaleza, que tampoco nos lo pone fácil, pero que se presta mal a ser traducida ante los tribunales... En cambio, el segundo punto se presta más a discusión. En efecto, de ser cierto que la educación objetiva fuera el único factor del comportamiento social, entonces el reciente aumento del nivel

educativo individual y colectivo habría provocado ya en dicho comportamiento algún giro con incidencia territorial positiva, dicho sea con el perdón, esta vez, de la nueva y excelente enseñanza escolar en medio ambiente.

Otro indicio de que la cantidad de educación objetiva no está correlacionada con una actuación más responsable en lo territorial es la observación de que las catástrofes que continúan abrumándonos no suelen estar originadas por el quehacer de las clases menos educadas. Al contrario, los problemas suelen derivar de decisiones tomadas por grupos donde pululan estas personas que tan bien situadas están en el ranking de lo que el premio Nobel Gary Becker llama *capital humano*. No hay razón para pensar que tales personas prescinden de su bagaje educativo cuando actúan, pero lo cierto es que los resultados de su actuación acaban siendo negativos.

III. CREATIVIDAD NEGATIVA

Pasemos pues al tercer punto. En él postulo que ciertos individuos con alto nivel educativo pueden producir efectos negativos que inciden, en este caso, en los más altos niveles de la organización territorial. La pregunta es entonces la siguiente: ¿cómo explicar que el impulso individual en estos niveles de la actividad económica, política o social pueda producir resultados negativos y que la ley tenga tanta dificultad para reconocerlos como tales?

A pesar de que en los años 60 no se conocía ni la décima parte de lo que sabemos hoy en psicobiología, el gran psicólogo Carl Rogers acertó en su respuesta a esta pregunta. Recordemos que Rogers aportó el concepto de *no directividad* a la filosofía empresarial, en la emergencia de lo que se dio por llamar *new management*. El individuo es creador cuando actualiza su propio potencial a través de los rasgos motivantes de su personalidad. Cuando estos rasgos le permiten integrar la totalidad de su experiencia vivida, entonces su creación es positiva. Pero si los mismos rasgos le inhiben ante parte de la realidad debido a un inconsciente temor al sufrimiento que ésta pueda causarle, entonces puede atribuir emocionalmente a dicha realidad propiedades distorsionadas (creencias) y su creación puede volverse negativa.

Por supuesto, estos individuos pueden conservar intacto un enérgico y coherente potencial de respuesta al servicio de ideas o de voluntades de intencionalidad aparentemente benéfica, lo cual les convierte en líderes naturales tanto más legítimos cuanto más hábiles en el arte de esquivar el cuestionamiento de sus creencias («esto no es asunto de los demás...»). Sin embargo, al existir dichas creencias más o menos estructuradas en *esquemas* y al contener distorsiones de contenidos atribuidos a personas o a entornos, la actuación de estos individuos acaba produciendo resultados negativos.

Todos admitimos que los rasgos de personalidad son lo que nos diferencia a unos de otros. Pueden contener creencias, por supuesto, ya que nadie dispone de toda la información necesaria. Ahora bien, llegado el momento, el sujeto puede

criticar su creencia y sustituirla por nueva información. Este proceso forma parte del crecimiento personal. Pero cuando las creencias se fijan y se niega la auto-crítica por percibirla como amenazadora, entonces se desarrolla el *esquema* y aparece una patología. El *esquema* es como un cáncer de la personalidad.

IV. EFECTOS SOBRE LA SOCIEDAD

La demostración de la existencia de *esquemas* en individuos socialmente considerados como normales y hasta brillantes no es fácil. Como dice Aaron Beck, considerado padre del concepto de *esquema* (1963), estas personas no suelen entrar en la consulta gritando: ¡Doctor, cuideme porque creo que soy narcísico, o histriónico o tal vez paranoico...! Por tanto, el psicodiagnóstico es poco menos que imposible. Sin embargo, los efectos directos inciden de forma particularmente preocupante entorno a la lucha por el poder político y económico, mientras que los efectos colaterales son la causa del fracaso territorial, entre otros muchos.

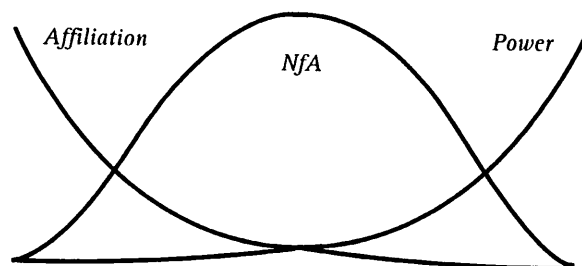
¿Habrá manera de correlacionar la existencia de estos efectos con la presencia de individuos afectados? Este problema fue explorado por otro gran psicólogo, David McClelland (1961), quien investigó qué rasgos de personalidad prevalecían en la actividad económica de distintos países, intentando explicar así los diferentes niveles de desarrollo económico alcanzado. En la base de su hipótesis, estaba ya la idea –hoy probada– de que los resultados de la actividad dependen de la motivación, desde la más racional hasta la más emocional, la cual depende en gran parte de valores subjetivos que transmite la educación (hoy diríamos los *mass-media*) y que son captados por los sujetos en función de sus propios rasgos de personalidad.

Vistos desde el ángulo productivo, los rasgos de personalidad pueden ser clasificados según el tipo de motivación que ellos favorecen: *need for achievement* (*NfA*), *affiliation* y *power*. El *NfA*, o «necesidad de logro», agrupa a los individuos que están motivados para realizar cosas constructivas: su gratificación es poder llevarlas a cabo y saber que éstas cumplen con su cometido. El perfil *affiliation* encuentra su motivación en atraer la atención de sus semejantes, intentando hacerles compartir emociones y afecto. En cuanto al *power*, busca el reconocimiento de éxitos logrados (según sus propios criterios, por supuesto) y su capacidad exclusiva por conseguir de nuevos.

McClelland intentó determinar qué tipo de motivación se privilegiaba en cada país según el tipo de enseñanza preponderante. En efecto, los modelos culturales se reproducen a través de la educación: si el liderazgo es de tipo A, es posible que la escuela, la justicia o la propaganda empujen a comportamientos de tipo A y rechacen los de tipo B o C, con lo cual A refuerza o perpetúa su liderazgo mientras que se debilita o aplaza el de B o C.

El autor buscó en los manuales escolares de cada país los indicadores de modelos culturales de comportamiento derivados de los distintos tipos de motiva-

ción. Luego relacionó el mayor o menor desarrollo socioeconómico con la mayor o menor presencia de dichos indicadores. Aunque forzosamente dispersos, como en cualquier trabajo comparativo, los resultados obtenidos apuntaban netamente a un mayor desarrollo en aquellos países con mayor valoración del *NfA*. Con el permiso del autor, y estimulado por mi propia experiencia personal, diría que en los países industrializados la frecuencia de cada tipo en el espectro de motivaciones de la población sigue el patrón siguiente:



Obviamente, hoy en día este análisis tiene ante todo valor de estudio pionero. Pero su importancia en el pensamiento psicosocial que soporta a la filosofía empresarial ha sido muy grande. Además, ha creado escuela donde emergen figuras como las de Daniel Goleman, otro *psicólogo de empresa* cuyo doctorado fue orientado por el propio McClelland, y cuya producción sobre la inteligencia emocional (1995) es sobradamente conocida.

De todas formas, la gran corriente del *factor residual* (I&D + educación) desarrollada a partir de modelos elaborados por «Nobels» como Solow o Tinbergen (ver el estudio clásico de Denison, 1962) ha reforzado la convicción de que lo que realmente incide de forma positiva en el avanzamiento económico y social de cada país se debe casi exclusivamente a la creación realizada por su masa de *NfA* a partir de información no sesgada. En cambio, en los países donde predomina la motivación empresarial de tipo *power* se aprecia menor nivel de desarrollo.

Esta observación ha contribuido a extender la idea de que en sí, el ejercicio del poder por motivación subjetiva tiene escasa utilidad objetiva, por lo menos en lo que a resultados económicos reales se refiere. Hoy podemos añadir, gracias a la información recopilada en el último cuarto de siglo, que cuando este tipo de poder consigue perpetuarse tiende a perpetuar también ciertos efectos innecesarios o nocivos derivados de la actividad de su propio sector. Por tanto, la resistencia a la limitación o al cambio en la producción puede ser el resultado de una resistencia patológica a un cambio percibido emocionalmente como limitativo en el ejercicio del poder.

V. EL PROBLEMA PATOLÓGICO

5.1. Reconocimiento social

Lo dicho anteriormente sugiere la forma en que los comportamientos individuales condicionados por la presencia de *esquemas* contaminan al grupo y cómo éste los impone a la sociedad. La ciencia política (y la realidad más actual...) describe abundantísimos casos en los que los resultados sociales negativos aparecen desmesurados si se comparan con la insignificancia de los *esquemas* o creencias individuales de origen.

También la psicología social analiza los mecanismos por los que éstas logran transmitirse sugestivamente o jerárquicamente a grupos (comités, consejos, asesores, etc.) cuya función crítica puede encontrarse desactivada. Entonces el grupo activa únicamente su función operativa y controladora y, en palabras de Carl Jung (1969), las *creencias* acaban formando parte del inconsciente colectivo, generalmente vía los medios de comunicación.

Por lo tanto, discutir del quinto punto enunciado anteriormente equivale a plantear una investigación sobre el origen y contenido de los *esquemas*, de la manera de poder aislarlos, diagnosticarlos y tratarlos y, en caso de no ser posible, de poder incapacitar a las personas afectadas cuando la función social lo requiere, como si de una enfermedad física cualquiera se tratara. Para ello debemos sobrevalorar los aspectos siguientes.

- ¿Son los *esquemas* enfermedades reconocidas por la justicia?
- ¿Cuáles son sus causas biológicas?
- ¿Pueden curarse por vía terapéutica?
- ¿Existe un origen arcaico a estas enfermedades?
- ¿Pueden contrarrestarse?
- ¿Pueden prevenirse?

5.2. Patología y justicia

Aunque conocidos desde la Antigüedad, el reconocimiento de los *esquemas* como patologías es relativamente reciente. A partir de Kurt Schneider (1926), su clasificación ha evolucionado hasta quedar plasmados (de momento) en el grupo F.60 del DSM IV (1994). De hecho, gran parte de los instrumentos de conocimiento de la mente humana, como el psicoanálisis, surgieron con ocasión del tratamiento de algunos desórdenes de la personalidad comunes como pueden ser la violencia masculina o la histeria femenina.

No obstante los avances recientes consultables vía Internet en MedLine o en Psychological Abstracts hay todavía escasez de casos clínicos bien documentados (Beck, Freeman *et al.*, 1992). Ello es debido a que, a pesar de que la ocurrencia de estos trastornos es mucho más elevada que la de la psicosis o de la neurosis, los afectados pueden pasar toda la vida sufriendo y creando problemas a los demás sin el más mínimo reconocimiento, ni por parte propia ni por parte ajena, de que puedan albergar algún problema psicológico, sobre todo si es crónico.

La carencia de cuidados a estas personas es sin duda la causa preponderante del atasco judicial que se vive en muchos países. El personal asignado tiene que diligenciar millones de expedientes civiles y penales con la ayuda de instrumentos legales y administrativos construidos sobre el principio de bondad, es decir sobre la presunción de que el causante de un perjuicio es capaz de reconocerlo y de repararlo. Esta presunción está fundada en el hecho evidente de que las personas acostumbran a ser capaces de distinguir entre el bien y el mal y a actuar en consecuencia. Pero sorprendentemente, algunas de ellas –ciertamente más de las que pensamos– no disponen de esta capacidad.

Veamos este aspecto más de cerca. Sea cual sea la calidad del individuo, cuando éste está afectado por un *esquema* que controla un campo determinado de su conciencia y que, en un momento dado, es llevado a actuar en este campo, el sujeto puede perder el sentido moral, o sea la capacidad de distinguir entre el bien y el mal. Entonces, puede aparecer absolutamente inconsciente de que está haciendo daño injustamente, no reparando en construir «su» realidad con ayuda de sus abogados, en aras de lo que él cree ser la defensa de sus derechos más absolutos.

Por tanto, pueden observarse varias contradicciones en un mismo individuo y en un corto lapso de tiempo: 1ª, el sujeto puede llevar una vida personal, social o profesional aparentemente normal. 2ª, el sujeto puede manipular o transgredir gravemente reglas sociales o jurídicas en aquello que toca a su *esquema*. 3ª, el sujeto puede utilizar todos los medios a su alcance para protestar de su inocencia o incluso para tomar la iniciativa judicial con más vigor que el propio perjudicado. 4ª, incluso convicto, casi nunca dará prueba de arrepentimiento.

5.3. Componentes biológicos

Una de las nuevas vías para investigar este tipo de enfermedades es la psicobiología. Por ejemplo, el descubrimiento de métodos para medir la producción de serotonina, que es un neurotransmisor asociado con la agresividad (Diksik, 1997), abre puertas hacia diagnósticos obligatorios o que dependan menos de la aceptación, hoy por hoy nula, por parte del sujeto.

Esta orientación sugiere también lo siguiente: junto con otros neurotransmisores (dopamina, norepinefrina, encefalina, endorfinas...), la serotonina modifica la sensación de bienestar, de seguridad y otras percepciones, actuando como auténticos narcóticos en ocasión de ciertas vivencias vinculadas con lo emocional, como el enamoramiento, la aparición de oportunidades, la participación en movimientos reivindicadores, los acontecimientos deportivos o del espectáculo, etc. (Liebowith, 1983).

Estas substancias actúan no solamente en lo aparentemente positivo, como levantar el ánimo o intensificar los sentimientos convergentes, sino que pueden reforzar simultáneamente emociones divergentes, como odio, animadversión o rechazo, o bien la irresistible pulsión por pasar al acto. Además, pueden crear adicción, de forma que el sujeto buscará repetir las experiencias que favorecan su secreción.

Cuando el córtex o cerebro superior no dispone del «programa» adecuado para juzgar el grado de distorsión asociada con ciertas emociones nacidas entorno al sistema límbico, es decir en nuestro cerebro animal (McLean, 1990), entonces las da por buenas y ordena la acción. Ésta puede desarrollarse sin distorsión alguna, o sea con toda la precisión y potencia de que el individuo es habitualmente capaz. Tal vez esté ahí la razón por la cual existe tanta resistencia a reconocer patologías en individuos que «causan daño», sobre todo por parte de la Justicia.

Por tanto, es posible que un día podamos incidir sobre los comportamientos socialmente nocivos, regulando la concentración de estas substancias en los individuos que lo necesitan. Por ejemplo, la producción de serotonina precisa de unas enzimas muy comunes en los alimentos (triptófanos) y cuya dieta tiene radicales efectos reguladores. Es posible también que el tratamiento ideal pueda algún día contar con fármacos (se han comprobado ya algunos efectos clínicos en desórdenes de la personalidad de individuos tratados con Prozac, etc.). No hay que olvidar que la agresividad es el extremo de una línea en cuyo polo opuesto se sitúa la depresión, para la cual nadie tiene el menor reparo en recurrir simultáneamente a la farmacología o a la terapia. Por tanto, una menor actividad límbica conseguida por medios psicótropos podría facilitar el proceso clínico.

5.4. El enfoque psicológico

Ya que el signo fundamental de las patologías de la personalidad es la presencia de emociones «equivocadas», la psicología ha intentado siempre «hacer entrar en razón» al afectado. En el Antiguo Egipto, se utilizaba la sugestión (Vieth, 1977). Más tarde fue la represión, en la que no se sabe demasiado bien quién estaba más enfermo: si el represor o el reprimido. En el psicoanálisis, se investiga el contexto arcaico en el que se efectuó la programación del cerebro superior o consciente con la esperanza de corregir los «errores» guardados en el inconsciente, si se logra dar con ellos, por supuesto.

Actualmente, la aproximación cognitivo-conductual es sin duda la más en boga, tal vez menos profunda que el psicoanálisis, pero a corto plazo mucho más eficaz. Según Beck, Freeman *et al.* (op. cit.), la premisa terapéutica es que la fuente principal de los afectos y de las conductas disfuncionales en los adultos reside en la distorsión atributiva y no en la distorsión motivacional o de respuesta. La terapia puede ayudar al paciente a tomar conciencia de la distorsión en cuestión, ayudándole a elaborar un «programa puente» que busque la información objetiva que le falta para poder reorientar el recorrido erróneo de su inconsciente. De esta forma, puede lograr compaginar su respuesta con criterios y objetivos socialmente aceptables.

Naturalmente, ello exige consentimiento y colaboración por parte del interesado de cara a estos objetivos y no a otros, lo cual no es nada fácil, dado que hasta la fecha los escasos pacientes referidos van a la consulta obligados por el

juez o por la familia. Además, no parece existir demasiadas observaciones acerca del éxito logrado por las personas tratadas en su tentativa por reducir su «adicción» a las sustancias con las que el propio cerebro recompensa al sujeto cada vez que sigue el *esquema* y de las que padecerá síndrome de abstinencia en caso de tener que aguantarse.

5.5. Arquetipos antropológicos

Este genio de la divulgación que ha sido Desmond Morris popularizó ya desde hace más de treinta años todo lo que se sabía acerca de la evolución humana. La etnología y la antropología han añadido mucho desde entonces e incluso hemos llegado a los «chimpancés» y a Atapuerca. El papel de la agresividad queda patente en nuestra evolución.

Está claro que la agresividad ha ayudado a la especie a sobrevivir cuando, por razones también de supervivencia, tuvimos que enderezarnos. La estación de pie inmovilizó a la mujer, siempre embarazada en su madriguera, con la ineludible misión de perpetuar la especie. Por consiguiente, fueron los machos los que tuvieron que establecer alrededor ciertos límites territoriales, desplazarse dentro y fuera de ellos en busca de caza y enfrentarse a otras manadas. Hoy sabemos que los chimpancés debieron plantearse el mismo problema y, junto con nosotros, son todavía los únicos animales capaces de llevar a cabo drásticas limpiezas étnicas, aunque sin añadirle destrucción, tortura o violación porque es de suponer que no poseen la noción del bien y del mal... o porque no se lo hemos enseñado.

Esta especialización del cazador y la madriguera ha engendrado arquetipos que se transmiten a través de estos «programas residentes» que son los instintos previos a la educación (Jung, 1969). El varón necesita sentirse capaz de vencer a las dificultades del entorno, incluyendo a la competencia, porque si no no podría enfrentarse a ellas y porque, en el mejor de los casos, volvería de caza con las manos vacías. Por tanto, añade agresividad a su habilidad «cazadora». Por su parte, la hembra necesita sentirse segura de su capacidad de formar pareja, de mantenerla y, llegado el caso, de cambiar de macho, porque sin él, ella y sus crías morirían en su madriguera. Por tanto, utilizará el afecto activo, incluso con agresividad, para asegurarse de que su pareja vuelva o de que no prefiera a otra hembra.

Por supuesto, poco queda ya de aquel mundo del Paleolítico. Nuestro cerebro ha desarrollado sofisticados medios de supervivencia y de gratificación personal que necesitan más lucidez que agresividad. Es por esta razón que ya desde el Neolítico se prohibió la agresión injustificada, aunque nuestra justicia, tanto como en tiempos de Hammurabi o de Moisés, se las vea negras para conseguirlo. Y es que estos arquetipos parecen estar de forma difusa en los rasgos de personalidad e incluso emerger con virulencia cuando dichos rasgos toman la forma patológica de *esquemas*. Ello da lugar a comportamientos dañinos típicos que podemos sin dificultad relacionar tanto con los grupos *affiliation* de connotación femenina como con el *power* de connotación masculina, según McClelland.

5.6. Contrarrestar los esquemas

Es obvio que, de continuar con nuestra agresividad primitiva, ya nos hubiéramos extinguido, aunque es posible que no hayamos terminado con todos los Neanderthales... Por otro lado, hemos visto que el proceso de curación de los *esquemas* que vehiculan agresividad es difícil por la casi imposibilidad de proceder a un diagnóstico y de convencer al sujeto de cooperar y de borrar la traza de posibles adicciones. Esta dificultad viene agravada por la amplitud de los modelos culturales que no solamente promueven comportamientos agresivos tanto masculinos como femeninos sino que, además, sirven de baza a potentísimas industrias de bienes y servicios innecesarios o nocivos, o bien desvirtúan la finalidad social de sectores de actividad tan fundamentales como el sistema político, el sistema financiero, la gestión del parque inmobiliario, etc.

Por tanto, también aquí hay que continuar la lucha cotidiana para derribar el tabú en el que están encerrados los desórdenes de la personalidad. Sin embargo, esperemos que, de pérdidas, estas batallas puedan pasar a ser progresivamente ganadas. Esta esperanza es atribuible a la formidable expansión de la información que se avecina. En efecto, los *esquemas* sólo se forman en los campos indocumentados, es decir allí donde a falta de información pueden crecer las creencias. La cuestión es saber si se llegará a tiempo.

Tomemos un ejemplo de lo que puede ser una victoria de la información sobre las creencias. El procedimiento de la *información mental* propuesto por Jay Forrester (1994), promotor del análisis de sistemas en la empresa, es el siguiente: si a un consejero-delegado de tipo *power*, que probablemente sufre de algo así como el *síndrome de la cuenta de resultados*, se le pide que coloque en el sistema de información de la empresa todos los principios y reglas a partir de los cuales toma decisiones —a lo cual no podrá negarse—, puede que empiece a sentirse desprotegido y a adoptar una actitud más dialogante. En realidad, puede que esté empezando a pedir información adicional para sustituirla a sus creencias.

5.7. La educación precoz

Pero para reducir los *esquemas* y evitar que se reproduzcan tenemos que dar con su verdadera causa. Al nivel etiológico, el debate entre los defensores de lo «innato» y de lo «adquirido» no está cerrado, ni mucho menos. Autores como Millon (1981) apoyan teorías como la del aprendizaje biosocial, mientras que los psicobiologistas permanecen perplejos ante observaciones como la de la probabilidad de ocurrencia cuando existe filiación: por ejemplo, las familiares de primer grado de «borderlines» tienen cinco veces más probabilidades de sufrir la misma enfermedad que las otras mujeres, etc.

En todo caso, hemos visto que la fuente de los problemas que los «portadores de *esquemas*» causan a su entorno proviene de la escasa o nula conciencia que tienen de su comportamiento nocivo. Sabemos también que la conciencia del bien y del mal no es innata, pero que empieza a formarse pronto. Tal vez el pro-

blema resida en la manera en que los cuidadores, es decir los padres y el entorno, ayudan al bebé o al niño en la formación de dicha conciencia.

Cuando el bebé nace no tiene en el cerebro ni siquiera la información de que él es un ser distinto de su entorno. Por tanto, no puede saber lo del bien y del mal. Sabemos sin embargo que consigue llegar a ello, puesto que se trata del más sutil mecanismo que la evolución nos ha permitido desarrollar y cuyo funcionamiento nos ha convertido de animales que cohabitaban a personas que conviven, además de sobrevivir como tales. Lo que no sabemos todavía es cómo se realiza este aprendizaje.

Para dar una idea de la complejidad del proceso imaginemos un ordenador vacío al que, mediante un reducido número de teclas correspondientes a las sensaciones que es capaz de percibir (necesidad, dolor, satisfacción, seguridad...), nos proponemos enseñarle dos cosas. Primera, que pueda dar respuesta afectivamente positiva o negativa a unos estímulos exteriores que sepa reconocer como buenos o malos. Segunda, que pueda emitir unos estímulos que califique de buenos o malos sabiendo que merecerán una respuesta afectivamente positiva o negativa. Esta calificación funciona como un control que el córtex ejerce sobre los impulsos emocionales emitidos por el sistema límbico u otros órganos del cerebro.

Brazelton (1986) nos enseña que este aprendizaje es complejo y requiere empatía en el vínculo que une al niño y a sus cuidadores, es decir a sus padres y a sus hermanos. Como dice el autor, «primero el afecto, luego los límites». Y si esto funciona, el niño puede enfrentarse luego a la socialización, que es la piedra de toque en la que ensaya la autoestima y la convivencia.

En cambio, si en la relación entre niño y padres hay disfunciones o distorsión en los mensajes, o si existe, por ejemplo, un «vínculo ambivalente» (Ainsworth *et al.*, 1978), entonces el aprendizaje «desliza» y el sujeto se queda sin poder construir su propia noción del bien y del mal. Por tanto, el córtex no tendrá con qué controlar debidamente a sus impulsos inconscientes y los rasgos de personalidad podrán congelarse en forma de *esquema*, probablemente en el momento de entrar en la edad adulta.

Todo ello sugiere que para llegar a prevenir ciertos desórdenes de la personalidad de origen «adquirido» deberemos promover una mejor educación parental, de manera que los candidatos a la paternidad tengan mejor disposición y mayor habilidad para implicarse positivamente en la educación inteligente y responsable de sus propios hijos.

VI. CONCLUSIÓN

La triste realidad de este fin de milenio nos lleva a reflexionar nada menos que sobre la vigencia del mal. Si esta reflexión fue iniciada por la Geografía Humana hace ya más de un siglo, no es por pura casualidad. En efecto, el territorio es uno de los campos de batalla en los que siempre hemos luchado unos contra

otros para sobrevivir. Tal vez los geógrafos hayan sido los primeros en observar que en esta batalla nadie gana sino que todos perdemos, porque la víctima es nuestra propia tierra. Razón no les ha faltado.

El presente ensayo sugiere que esta lucha destructora forma parte de esto que hemos llamado el mal y cuyo origen se adentra en las tinieblas de los tiempos inmemoriales. Lo que sí sabemos es que el mal tiene otro campo de batalla predilecto: el de la madriguera, del que hablaremos en otra ocasión. McClelland ha documentado que *power* y *affiliation* existen, y que esconden motivaciones conflictivas para el control del territorio y de la madriguera. Estas son las dos pinzas que amenazan constantemente al *Need for Achievement*, que en términos más humanistas podríamos definir como el *discurrir creativo de la convivencia*.

Hemos intentado mostrar también que el mal no es el resultado del ejercicio malévolo del libre albedrío del individuo, y por tanto posible objeto de merecido castigo, sino que es una disfunción de la actividad social, provocada por disfunciones del cerebro individual. Según el conocido psicobiólogo Joseph LeDoux (1995), cuya obra divulgativa acaba de ser traducida en castellano (1999), la clave de estas disfunciones está en el fenómeno probado de que el cerebro puede producir calificativos emocionales de estímulos que desconoce. Se abre así la puerta al entendimiento de la distorsión atributiva, verdadera fuente del mal, sin cuya prevención nos veremos abocados no sólo al fracaso territorial, sino también al fracaso de la especie.

Terminemos evocando aquella antiquísima tradición mesopotámica recogida en el Génesis (Gn 2 17), que describe el Edén pre-humano: un territorio privilegiado donde podíamos desplazarnos y alimentarnos sin ningún reparo. Éramos pues poco más que animales, sin necesidad de dirimir a cada instante entre el bien y el mal. Tal vez se refería a los «Neanderthales». Pero para transformarnos en lo que somos, es decir en «Cro-Magnones», debimos inventar la convivencia, es decir plantar el árbol de la ciencia del bien y del mal. Duro castigo por haber querido sobrevivir como especie, poniéndonos de pic.

La profecía del Génesis anunciaba, con pesimismo realista, que si comíamos del fruto de ese árbol, moriríamos. Hoy sabemos que el encargado de ejecutar la profecía no es Dios, sino nosotros mismos con nuestras creencias a cuestas. Esperemos encontrar a tiempo una salida en este corredor de la muerte.

Bibliografia

En buena parte, los títulos mencionados son primeras ediciones de trabajos clásicos, abundantemente reeditados y traducidos y por tanto frecuentemente utilizados como referencia en investigación y en práctica profesional. Pueden ser considerados como fuente preponderante, aunque no exhaustiva, de los conceptos y observaciones que el presente ensayo ha intentado hilvanar. Figuran también algunas referencias de trabajos recientes sobre el tema de este ensayo, pero reconozco no haber dispuesto de recursos temporales y humanos suficientes para una recopilación más substancial.

- AISENORTH, M. D. S., BLEHAR, M., WATERS, E., WALL, S., *A Pattern of Attachment: A Psychological Study of the Stranger Situations*. Hillsdale, N. J.: Erlbaum, 1978.
- BECK, A. T., «Thinking and Depression: I. Idiosyncratic Content and Cognitive Distorsions», *Archives of General Psychiatry*, 9, 1963, pp. 324-444.
- BECK, A. T., FREEMAN, A., et al., *Cognitive Therapy of Personality Disorders*. N. Y.: The Guilford Press, 1992.
- BRAZELTON, B. T., *Affective Development in Infancy*. Norwood, N. J.: Ablex, 1986.
- CIPOLLA, C. M., *The Economic History of World Population*. Middlesex: Pinguin Books, 1962.
- DENISON, E. F., *The Source of Economic Growth in the U.S.* Committee for Economic Development. U. S. Government, 1962.
- DIKSIK, M., en *Proceedings. National Academy of Sciences*. 1997.
- FORRESTER, J. W., «Policies, Decisions and Information Sources for Modeling», en J. D. W. Morecroft and J. D. Sterman (Eds.): *Modeling for Learning Organisations*. Portland: Productivity Press., 1994.
- GOLEMAN, D., *Emocional Intelligence*. N. Y.: Bantam, 1995.
- JUNG, C. G., *The Archetypes and the Collective Unconscious*. Bollingen Series XX. N. J.: Princeton University Press, 1969.
- LEDoux, J., *The Emocional Brain*. N. Y.: Simon & Schuster, 1995.
- LIEBOWITZ, M., *The Chemistry of Love*. Boston: Little, Brown & C., 1983.
- Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales DMS-IV*. Barcelona: Masson.
- MCCLELLAND, D. C., *The Achieving Society*. N. J.: Van Nostrand, 1961.
- MCLEAN, P. D., *The Triune Brain in Evolution. Role in Paleocerebral Functions*. N. Y.: Plenum, 1990.
- MILLON, T., *Disorders of Personality: DSM-III, Axis II*. N. Y.: Wiley, 1981.
- MORRIS, D., *The Naked Ape: a Zoologist's Study of the Human Animal*. N. Y.: McGraw-Hill, 1967.
- NEEDHAM, J., *Dentro de los cuatro mares: el diálogo entre Oriente y Occidente*. Madrid: Siglo XXI. 1975.
- ROGERS, C. R., *Freedom to Learn. A View of that Education Might Become*. Columbus, Ohio Merrill, 1969.
- SCHNEIDER, K., *Die psychopathischen personalichkeiten*. Leipzig, Wien: Deuticke, 1923.
- VIETH, I., «Four Thousand Years of Hysteria», en M. Horowitz (Ed.). *Hysterical personality*. N. Y.: Jason Aronson, 1977.